



§ II

V

Las fuerzas físicas son inconscientes y no gozan de sus efectos; el alma humana, aun en sus manifestaciones más insignificantes, posee dominio de sí misma, siente el latir de su conciencia, aprecia la situación que le rodea y goza ó padece en ella.

Si grandes y palpables son las diferencias, en lo preinserto señaladas, entre las fuerzas físicas y las psíquicas, la que ahora vamos á exponer es de proporciones tan colosales que es comparable á la inmensidad del Océano que separa al antiguo y el nuevo mundo, ó, mejor dicho, al infranqueable abismo que media entre astros pertenecientes á diversas constelacio-

nes; y por otra parte, goza de tal diafanidad, está circundada de tan brillantes resplandores, que sólo los que tengan ojos de ave nocturna pueden dejar de verla.

Con paso lento y reconcentrada mirada paséase al anochecer un hombre en reducida meseta contigua á un puerto, aspirando la salobre y fresca brisa marina; sus oídos experimentan sensaciones bien distintas: por una parte, el leve é indefinido rumor que se advierte en poblaciones de poca importancia al llegar la hora de suspender el trabajo y retirarse cada cual á su morada, mezclado con el melancólico tañer de las campanas que llaman á los fieles á la oración, y es como avanzada que anuncia la presencia de la noche con su sombra é imponente grandeza; más allá, del fondo del valle sale otro rumor todavía más tenue, pero más armonioso y sublime aunque de ritmo monótono: es el rumor producido por los raudales que serpentean por las laderas y fertilizan el valle, por el zumbido de los insectos, variado en

cada especie, y que salen de sus cuevas á gozar de la magnificencia *de Aquel que con larga mano da á los animales el sustento conveniente y en el tiempo oportuno*; por el gemir de los vientos al cruzar por entre el follaje de los árboles y por otros mil sonidos no fáciles de precisar, pero que, adunados con los anteriores, forman sublime concierto ó eucarístico himno entonado al Creador por la Naturaleza virgen. Por otra parte, el Océano con toda su abrumadora majestad y grandeza haciendo ostentación de su inefable pujanza, rodeando y batiendo los cercanos peñascos como si fuesen baluartes enemigos, arremetiendo contra ellos con la osadía de lo inconsciente y la impasibilidad de lo inerte, viniendo una ola tras otra y todas en continuo avance, ora levantándose como para divisar mejor al enemigo y hacer más certera la puntería, ora ocultándose cual si quisieran librarse de la metralla enemiga, y con esta monótona marcha se aproximan á la costa, y haciendo el esfuerzo supremo se lan-

zan con todo su arrollador empuje contra el impasible peñasco, bramando como la fiera al arrojarse sobre la presa; retroceden luego rendidas, humilladas y deshechas á los senos del Océano, para desde allí ser de nuevo lanzadas con idénticos ó superiores bríos. Esta lucha titánica de los mares contra los continentes, en que á la larga salen aquéllos vencedores, es el espectáculo más grandioso y arrobador que se presenta en la sobre haz de la tierra.

Levanta los ojos el individuo del caso á la alta bóveda que corona nuestro planeta, y allí contempla silenciosas las estrellas, que aparentemente avanzan hacia el ocaso y van hundiéndose poco á poco en lo más lejano de los mares, no faltando algunas entre ellas que mientras los poderosos fulgores del rey de los astros no las eclipsa, brillan siempre sobre nuestro horizonte, asemejándose á ojos amigos que nos miran siempre alegres y vivaces cuando el ambiente es puro y diáfano, y con melancó-

lica tristeza cuando nos encontramos envueltos por una atmósfera no limpia.

Si ahora añadimos aquel alternativo resplandecer y apagarse de la luz del faro, que en la obscuridad de la noche parecen continuados y profundos suspiros del agonizante que se despide del mundo, tendremos bosquejado á la ligera el cuadro grandioso y sublime que se exhibe á diario en las costas.

En el precedente mal pergeñado bosquejo hemos puesto en juego casi todas las fuerzas físicas, y en sus manifestaciones más soberbias y deslumbradoras, mientras que de las espirituales sólo aparece una y en su manifestación más humilde, pagando el tributo del descanso á la rendida Naturaleza. Por manera que en la comparación todas las desventajas estarán de parte de las fuerzas psíquicas; y de intento hago esto para demostrar que si, aun concretándonos á los mas ligeros destellos de la fuerza animica, resulta incomparablemente superior á las físicas, *a fortiori*, con

mucha más razón, resultarán al contemplarlas cerniéndose sobre todo lo material y sensible en los radiantes horizontes de la especulación y del cálculo, y en el altísimo y deslumbrador cielo de la inspiración.

Cierto que el hombre, ese ser insignificante en la apariencia, cuyas dimensiones materiales apenas merecen tenerse en cuenta, y cuyos movimientos y esfuerzos musculares son fracción infinitesimal de los existentes en la Naturaleza, se encuentra rodeado por todas partes de esos alardes grandiosos de fuerza y materia que confunden con lo inconmensurable de su grandeza; pero si dejando la corteza pasamos á saborear lo más substancioso por ella encubierto; si dejando el espejismo de las apariencias nos concretamos á la severa realidad; si dejando la superficie y ahondando en el estudio de los fenómenos nos internamos hasta colocarnos en lo más profundo del ser, y allí, á la luz, no ya divina de la fe, sino únicamente de la razón na-

tural, contemplamos el cuadro de la creación, ¡cuán grande y esplendorosa se destaca la figura del hombre, y cuán menguada la del mundo material!

Insistiendo en el anterior ejemplo, cierto que la atmósfera vibra á impulsos de los rumores procedentes del valle, y del tañer de las campanas, y del murmullo de los moradores del puerto, y del zumbido de los insectos, y del incesante bramar de los mares, y del continuo estrellarse de las olas contra los peñascos de la costa; cierto que á las vibraciones del ambiente, y sin confundirse con ellas, acompañan otras más delicadas y sutiles, etéreas, originadas por el arco voltáico del faro y el brillar de los astros que exornan el firmamento, y poseen tan poderosa fuerza que impresionan nuestra retina con sus desvanecidos y tamizados fulgores, no obstante de hallarse separadas de la tierra por millones de leguas de distancia. Mas también es cierto que las estrellas iluminan al valle y al mar, y no ven lo que en ellos existe; es más: derra-

man á raudales sus hebras de luz, ó mejor dicho á mares, porque de cada astro salen océanos de luz que se difunden en todos sentidos y llenan los espacios interestelares; y las estrellas no se dan cuenta de su inmensa grandeza, no tienen conciencia de las colosales fuerzas con que la Naturaleza las ha dotado. El mar agítase y revuélvese; va y viene; levanta sus ondas, como si le pareciese mezquino á su formidable pujanza, el lecho en que descansa, y luego, como avergonzado de tan necia altivez, se hunde en sus profundos senos; los vientos rizar su superficie; los astros le iluminan con sus rayos, y en sus entrañas yacen ocultos y se mueven multitud de seres; y el Océano de nada de esto tiene noticia, todo pasa para él como si no pasase. Del fondo del valle levántase el suave murmullo del serpear de los arroyos, del susurrar de las ho'as y el mecerse de los tallos; despréndese la apacible y fresca fragancia de las plantas que todavía conservan su virginal pureza y no han sido ajadas por influen-

cias extrañas y sometidas á la destilación en el alambique; y el valle, y los raudales, y las plantas, ciegas de nacimiento é insensibles é inconscientes por naturaleza de nada de lo que en su derredor pasa, es más, de lo que en ellas y por ellas se realiza, se percatan.

¡Cuán de otra manera obra *la fuerza espiritual* encerrada en aquella figura microscópica que suponemos recreándose en la cima de un picacho colindante con el mar! Sólo aquélla se da cuenta de la situación, y abarca en su potente mirada la tierra, el mar y el cielo; ella sola es la que con superior poder eslabona y funde en una sola y espiritual idea cosas tan separadas y diversas; ella sola percibe las bellezas y encantos de aquel grandioso cuadro, y oye las delicadas melodías de aquel colosal concierto; ella sola es la que goza y disfruta de las armonías de los valles, de la fresca brisa del mar y de la tibia luz de las estrellas, por manera que las fuerzas físicas no obran para sí, no go-

zan de sí mismas ni de los efectos de sus compañeras; son esclavas, y de la peor condición, pues ni un solo momento pueden aprovecharse de sus energías y trabajos; todos están dedicados á complacer á la única *señora* capaz de disfrutarlas, á la fuerza espiritual, la cual, no simplemente se entera de todo y de todo disfruta, sino que también sabe y conoce perfectamente que ella es única en el comprender y en el gozar de las fuerzas físicas de la naturaleza.

Y es tan soberano su poder, que, cuando así le conviene ó le agrada, salta por encima de todos los objetos que le rodean, y traspasa los mares y salva las fabulosas distancias que nos separan de los astros, y se pasea como en tierra propia por el obscuro *más allá* de los mares y de las estrellas; y posee senos tan profundos que en ellos reúne, no ya simplemente la tierra y el mar, y los astros todos que tachonan la bóveda celeste y fulguran en las profundidades del espacio, sino que luego los agran-

da y centuplica, los coloca en diversas posiciones, les hace voltear con vertiginosas velocidades, los compara y los estudia, les priva de todos los detalles, dejándolos en su pura esencia; en una palabra, abarca todo lo existente y posible, y tiene ciencia de su soberanía y poder y disfruta de ella; nada de lo cual tienen las fuerzas físicas, que, como verdaderas esclavas, todo lo que tienen y todo lo que hacen no pueden disfrutarlo ellas mismas, sino tienen que dirigirlo á beneficio de su señor; de las hebras de luz de las estrellas, de los áureos rayos del sol, y de la pálida luz de la luna, y de la fresca brisa del mar, y del murmullo de los arroyos, y de la frondosidad de los bosques, sólo el hombre en último término goza; luego las fuerzas físicas, no obstante su potencia, son esclavas de la fuerza espiritual, y entre unas y otras se alza colosal muro que va creciendo en sus gigantescas proporciones á medida que crece la verdadera y sólida ciencia.

Y si no fuese tan serio todo lo relacionado con la espiritualidad y último fin del alma humana, sería cosa de tomar á risa los ridículos alardes de los pseudo-científicos cuando, subiéndose furtivamente á la cátedra de los Descartes, Newton, Leibnitz y Ampère, y ahuecando la voz para no ser conocidos, offician de pontífices de la humanidad y predicán con vano entusiasmo, hijo de abyectas pasiones y disfrazada ignorancia, que la humanidad entera con todos sus sabios ha estado siglos y siglos en no interrumpido delirio; que ya ellos han arreglado las cosas de otra manera, y que el alma humana es en todo idéntica á la del perro ó á la del *asno*; y aún más: que el alma humana no se distingue más que aparentemente de una piedra que rueda, de un péndulo que oscila, de un gas que vibra, etc. Repito que, si el asunto no fuera tan grave, sería cosa de reírse de tan fatua arrogancia, como se reírían los defensores de un castillo al ver á ignoto *cabe-cilla*, con ínfulas de Alejandro, arengando á

una turba de enanos, y blandiendo reluciente espada con la que pensaba allanar la fortaleza, y después cortar con sus acerados filos á toda la aguerrida guarnición, olvidando el insensato que, por muy bien templada que esté una espada, si choca contra un muro, cuanto con más furia se acometa más pronto salta hecha mil pedazos.

En vano los impíos afilan y templan sus espadas para acometer contra la secular é incommovible roca de la verdad católica.



§ II

VI

Solución de la objeción hecha á la actividad del alma humana, tomada de los principios de la conservación de la energía y de la materia.

RESEÑADAS ya las principales diferencias existentes entre la fuerza anímica y las fuerzas físicas de la naturaleza, por las cuales resulta claro como la luz del mediodía y visible para todos los que no tengan enfermos los ojos que distan *toto cælo* la una de las otras, y la imposibilidad absoluta de confundirlas, á no querer ir contra la evidencia, voy á exponer una dificultad muy traída y llevada por los heterodoxos y que conceptúo digna de espe-